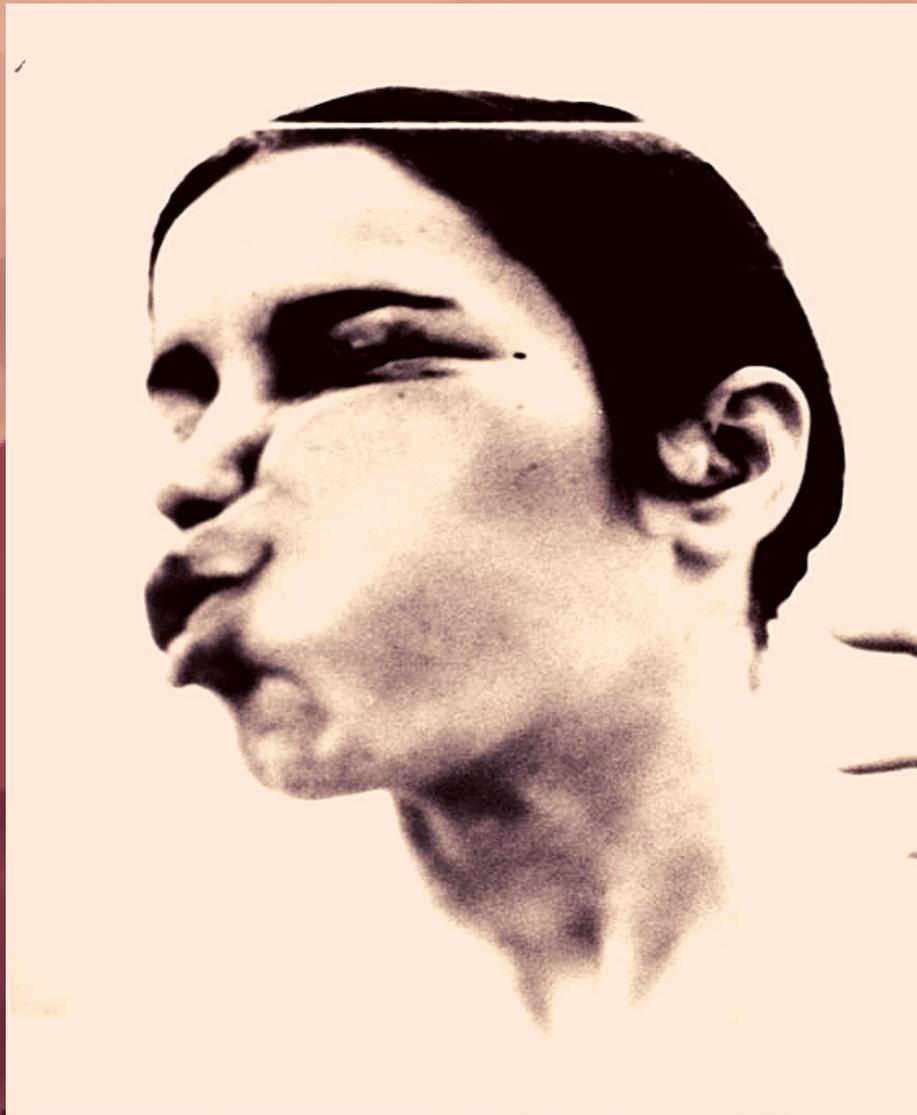


# CARMINA



Un relato de Rubén Pellón Martínez

El grito desafinado de la bocina del viejo Citroen se colaba por la ventana del cuarto, recorría el pasillo y, con refinada crueldad, zarandeaba los nervios, siempre a punto de combustión, de mi madre, que respondía al ataque sonoro con otro del mismo género, más agudo y anárquico, si bien natural, pulido por toda una tradición vocal conservada a lo largo de los años y traspasada de madres a hijas, de abuelas a nietas.

¡Ya voy!! – gritaba, mientras se apresuraba a colocar los recipientes de plástico, herméticamente cerrados y atestados de tortillas de patata y filetes empanados, adornados de desconchados pimientos verdes, en la cesta de mimbre.

- ¿Por qué no subes a ayudar en vez de meter prisa? - preguntaba para nadie.

Entró en el coche malhumorada y situó la cesta a sus pies. Mi padre esperaba fuera, de pie junto a la puerta.

-Tantas prisas para estar ahora ahí plantado como un pasmarote – refunfuñó mi madre – La cuestión es incordiar.

El coche se puso en marcha. Brillaba con fuerza el sol de Julio, que jugaba a las sombras con la chapa metalizada del Citroen. Alguna nube tímida y solitaria se paseaba sin mucha determinación por el parque azulado del cielo. Mi hermana movía la cabeza al ritmo de la música del walkman, mientras mi hermano, y yo, nos propinábamos codazos con no muy buena intención.

Cada domingo íbamos al pueblo, como si este viaje formara parte de un ciclo natural inmutable. Podríamos ir a otro sitio pero también se podría dormir por el día o andar hacia atrás. Mis padres charlaban vaguedades en busca del desliz que diera pie a la discusión, como saboreando un juego que de alguna manera les reconfortaba, afianzando el orden diario. Como el que mis hermanos y yo jugábamos en el asiento trasero, buscando por los campos rebaños de vacas.

Avanzábamos por una larga recta, entre la acantilada costa y pequeños oteros cubiertos del verde refulgente del campo santanderino. Y avanzaba el desasosiego en mi interior, anudándose perversamente en mi estómago. No era nuevo, me asaltaba cada domingo, cada recta recorrida, a medida que el momento del encuentro se acercaba. Pero no podía admitir el miedo, ni mucho menos expresarlo, porque yo mismo era consciente de lo incomprensible que era para ellos, para todos, y si no lo iban a aliviar no tenía sentido sufrir, además, sus risas y burlas.

¡Vacas!!- gritó mi hermana.

No chilles niña - protestó mi madre de inmediato.

Esas no cuentan, hemos dicho que sólo rebaños y esas eran sólo dos - apuntaba mi hermano.

¿Y qué son dos vacas, eh tú, listo?.

Pues dos vacas son dos vacas, no un rebaño.

¿Y cuantas vacas se supone que conforman un rebaño? - intervino mi padre.

Eso no vale, siempre te pones de su parte - vociferó mi hermano, que al momento comenzó a llorar.

Pero si yo no me pongo de parte de nadie. Sólo te he hecho una pregunta. Anda, no llores que no pasa nada.

No llores hijo - zanjó mi madre - que dos vacas son un rebaño.

Llorón, la niña llorona, ay ay ay.

Cállate tú. Tengamos la fiesta en paz.

Es que no hay viaje tranquilo joder. Cada domingo igual. A ver si un día podemos acabar el viaje sin llores ni ostias.

Mira la llorona, ay ay ay, que pena me da la llorona.

¡¡Que te calles he dicho!!!

¿Y tú? ¿No dices nada? Muy callado estás.....Oye, que te estoy hablando.

¿Qué?

Que estás muy callado, que si te pasa algo.

No, déjame.

¡A mí contéstame bien!!

¡Comenzábamos a ascender un pequeño puerto, entre eucaliptos desteñidos, última etapa del viaje proletario de cada domingo. Desde la cumbre se observaba un conjunto desperdigado de casas en el valle, como plantadas por un granjero demente, y al fondo una lengua de arena acosada por las ordenadas acometidas de pequeñas olas de mar.

- Parece que la mar está en calma – observaba mi padre, retomando el hilo de la conversación de la semana anterior en el mismo punto.
- No te fíes, ya conoces esa playa y desde aquí la vista engaña – apuntaba mi madre domingo sí y domingo también.

El descenso del puerto significaba el salto de mi ánimo del desasosiego al miedo, al pánico infantil que despertaba cada domingo; un pánico instintivo a lo inescrutable, como el que aparecía muchas noches tratando de descifrar el concepto de muerte, la ansiedad que en la imaginación pueril generaba la idea de lo finito. Pánico ineludible el del niño pensando en la muerte, en un dejar de ser incomprensible pero tan real como la vida misma. El terror al descubrir que un tiempo que se presentaba infinito tiene término, el del sueño prematuramente roto y la insufrible certeza de que muchos otros se romperán. Demasiado contradictorio para un niño sólo armado de fantasía en su descubrimiento diario de la vida, y la muerte.

La casa parecía la caricatura en ruinas de un caserío de piedra. La fachada, pintada de blanco sobre la piedra, cubría antiguos arcos y pilares ocultando un origen que nunca he llegado a descubrir. La parte baja se dedicaba a gallinero, conejera, almacén de leña e, incluso, en otros tiempos, humilde caballeriza. Se entraba a través de una especie de galería, coronada por un arco que cubría la caseta de madera donde dormía un pastor alemán ciclotímico, seguramente a consecuencia de una vida encadenada. El suelo era de piedra y olía mal. Entre las antiguas cuadras y el almacén de leña se elevaba una escalera de piedra en sus primeros escalones y pino en el resto, que alcanzaba la segunda planta. Ésta, de piso de madera, crujía a cada paso, generando una inquietante sensación de inconsistencia y movilidad. De sus paredes descascarilladas colgaban adornos de mercadillo. Las camas, recogidas, salvadas a última hora de una muerte segura, cojeaban zascandiles como momias resucitadas. No había agua en el cuarto de baño. En la cocina, una nevera jubilada jubilaba las exiguas reservas de comida. La única puerta que se encontraba llevaba al desván, estancia reservada a la fantasía, territorio virgen para la imaginación, fuente de ilusiones, miedos y sueños, y, si no se ponía atención, de accidentes. El suelo era una trampa de tablas podridas y agujeros, pero sin duda alguna, guardaba en su interior el alma del caserón.

Bajé, junto a mis hermanos, del coche y nos precipitamos a la carrera hacia la casa. El pastor alemán empujaba sus orejas y se movía entre amenazador y afable. Nos imponía respeto y, aún a sabiendas de que nos conocía, pasábamos rápidamente junto a él, evitando el contacto y temerosos de alguna reacción imprevista que nunca se producía.

Una vez dentro de la casa, recorrimos todas las estancias, jugando, inventando, refugiándonos del contacto con unos adultos que no tardarían en buscarnos para la ineludible ceremonia del saludo a la familia, reunida en el jardín de la casa de a lado, a la sombra de una vegetación exuberante en su cuidado.

Mi hermano levantaba esforzado un hacha mas grande que él, mientras mi hermana y yo tratábamos de liberar una rama del enjambre de leña apilada en el bajo de la casa, que se ajustaba a la forma y tamaño de otras ya liberadas, y que junto a ellas formaría el esqueleto de nuestra futura caseta de niños, oculta a miradas censoras de adultos, y de ella, sobre todo de ella. De esa presencia que ya presentía cercana, acercándose por la sinuosa calleja, con su paso torpe y lento, abriendo la cancela negra que chirría para acceder a un jardín sonriente, que la recibe con bromas manidas y alegría, mientras ella mueve su pequeña cabeza, cubierta de ceniciento pelo ralo, de un lado a otro, frunciendo los labios en una sonrisa estúpida, complaciente con la bienvenida. Sus ojos, extraviados y diminutos, no se detienen en nada, en nadie. Oculta, tras su disfraz de idiota, espera la llegada de un niño asustado, mi llegada, nervioso, para envolverlo con su manto sobrenatural y encerrarlo en una jaula de invisibles barrotes, tal vez demasiado visibles ahora, donde le dejará morir, mientras lo observa con otra sonrisa, esa que no pueden ver quienes siguen bromeando y riéndose en el jardín, demasiado satisfechos, incapaces de desenmascarar la realidad. Demasiado adultos para ver.

-Anda, dale un beso a tu Carmina – me decía mi padre con la sonrisa complacida del asesino que entrega a su víctima la copa de vino con la dosis de cianuro que la matará - Venga, no seas tonto ¿no has visto como tus hermanos se lo han dado?.-

-Bahh, deja al crio, si no quiere darle un beso que no se lo de. -

-A ver si es que se va a salir siempre con la suya el caprichoso este. He dicho que le des un beso a Carmina ¿Es que no me oyes? -

No, no oía, no hacía falta oír, era demasiado conocido para oírlo, demasiado cruel. Percibía la premeditación de esa crueldad, y la necesidad de afirmación, quizá, de una autoridad que tal vez mi padre sentía escaparse entre sus dedos.

Por un momento el silencio se apoderó del jardín, uno de esos silencios tensos que anteceden una frase desaforada o una sonrisa tranquilizadora, amargamente tranquilizadora. Silencios que se proyectan como un foco sobre protagonistas espontáneos.

Como se proyectaban las miradas de todos sobre mi padre, sobre mí, esperando un gesto, una palabra, para comentar, para afirmar, para compadecer. Casi siempre para compadecer. Pero nada ocurrió, el momento se evaporó, como si tratara de un tácito acuerdo entre todos los presentes, por ese instinto compartido de las personas que indica que nada va a suceder, un instinto de curiosidad desengañada.

Mi padre rio y fingió olvidarse de mí para unirse a la confusa charla que se había reanudado. Alguien apareció con bandejas repletas de queso y embutidos autóctonos que fueron devorados con fruición con la ayuda de varias botellas de tinto del año. Mis hermanos se habían unido a la mesa y también comían entre bromas y risas, entremezclados con esos adultos traidores que trataban de controlar nuestro mundo con displicencia de jeque hastiado, imbuyendo sentido común, así lo llamaban. También ellos sucumbían, también mis hermanos se adherían a ese universo que reía y prohibía, o reía prohibiendo, o prohibía riendo, y comiendo, indiferente a ese otro universo por el que mi angustia transitaba.

Yo permanecía inmóvil, paralizado por el encuentro con la presencia aterradora de Carmina. Y no podía dejar de mirarla, como imantado por ese rostro de idiota que a su vez también me miraba y sonreía. Sonreía si, tal vez consciente del terror que me atenazaba y, para mi sorpresa, transmutaba en una especie de deleite inconcreto, de placer nebuloso. Porque comprendía que me estaba enfrentando a ello, a él, a ella. La tenía junto a mí, observándome, penetrándome con su mirada con la osadía que solo un idiota reconocido puede ostentar, y esa certeza, esa valentía instintiva e inesperada que a floraba de mí, me causaba un placer desconocido hasta ese momento.

Carmina no me parecía una retrasada mental, no, una retrasada mental no me provocaría este terror. Había conocido suficientes subnormales como para no sentir pánico en su presencia. Carmina era distinta. Su presencia era misteriosa y fingida. Engañaba a todos con su aspecto de subnormal, pero había algo oculto en ello, algo que a todos escapaba y mi angustia intuía. Era ese enigma indescifrable el motor del pánico que sentía, que me inmovilizaba, y, a su vez, de la atracción que esa cara agrietada, marchita, que esos ojos antinaturalmente achinados, fijos en mí, suscitaba en todo mi ser. Era otra muerte, otro misterio inextricable que se presentaba para hacer añicos la candidez infantil y era, también, aventura, esa clase de aventura que nos atrae con tanta fuerza como nos aterra.

Continuaba petrificado mientras buscaba, empapado de ingenuidad, el hilo que me permitiera llegar al centro del misterio, que me indicase la puerta de salida del laberinto.

Alguien nombró a Carmina y ésta se giró como un resorte para fijar su mirada, complaciente y servil, en mi tía abuela, a la espera de una broma o un gesto cariñoso, de un obsequio, o de nada. Carmina sabía, fingía y esperaba ese regalo, o la mofa que regocijara a los presentes. Contemporizaba, y lo hacía con perfecta maestría, ningún no idiota admitiría que la idiota oficial lo utilizaba, porque para ella todos los presentes, y los no presentes, no eran más que entes que la agasajaban, que la convertían en centro de atención de situaciones que no pretendía comprender.

Pero y yo, ¿Qué era yo para ella? ¿Un ser más entre todo el grupo? ¿Alguien incomprensible a quien sólo había de mostrar esa sonrisa retrasada indisociable de su apariencia subnormal? ¿O tal vez un ser diferente, temible, que no regalaba nada y amenazaba con desenmascararla, que no reía y aguantaba su mirada pese al pánico? ¿Qué era para ella? ¿Qué?.

-Mucho miras al niño Carmina. – Continuó la misma voz con tono juguetón, de secreto descubierto o intuido. – ¿Te gusta? Pues ya ves, el muy tonto tiene miedo de darte un beso -.

La idiota no cambiaba el gesto, miraba y sonreía y ,en contadas ocasiones, emitía algún sonido que pretendía palabra, ininteligible casi siempre. La indiscreción había sido evidente, a nadie se le dice que un niño tiene miedo de darle un beso, mucho menos al diferente, a aquel que arrastrando una tara, ya sea con la actitud mas positiva posible, es susceptible de certificar el rechazo que esta genera en el otro. Es difícil encontrar a alguien que conviva amigablemente con una tara, por lo que todo movimiento, gesto o palabra que sugiera asco, rechazo o desprecio se convierte de inmediato en una saeta envenenada disparada al centro neurálgico de la autoestima del tarado. Esto ocurre cuando eres consciente de tu tara. ¿Era Carmina consciente de su rareza, de su subnormalidad? ¿Qué significaba esa sonrisa perenne en su rostro envejecido prematuramente? Tal vez era consciente de cómo se mostraba, pero también de lo que ocultaba bajo su inocente apariencia. Oscuridad, que yo presentía y me mantenía tensamente inmóvil. Jugaba con todos, pero a mí no me iba a engañar. Quizá tampoco trataba de hacerlo.

Carmina volvió la cara para mirarme de nuevo. Quienes ocupaban la mesa siguieron su mirada hasta encontrarse con ella en mi rostro. Yo la miré a los ojos un segundo y bajé la vista, aturdido por el fondo sombrío que encontré en ellos. No me moví. Continué de pie, sobre el césped perfectamente segado del jardín, junto a la gran mesa de piedra que ocupaba su centro, repleta de bandejas de plástico y vasos y botellas y ceniceros y los codos de los miembros de mi familia, que ocupaban los bancos, pétreos también, dispuestos en círculo alrededor de la gran mesa. Y junto a ésta, de pie, nunca sentada a la mesa, quizá por un extraño pudor que le confería su posible conciencia de diferente, o por vergüenza, aunque esta se mostrase arbitraria según la situación, o por que permaneciendo de pie lograba una mejor perspectiva de todos, o por que simplemente le daba la gana, permanecía ella.

-Vamos, mira que tener miedo a Carmina....Lo tuyo se las trae – dijo alguien que no me molesté en identificar.

Todas esas voces no eran más que diferentes tonos de una voz única que repetía la misma retahíla, siempre dirigida a mí, como una de esas grabaciones que nos ponían en el colegio católico, en las que un misionero trataba de inculcarnos el amor al marginado por medio de la repetición continua de las mismas palabras, amor, dios, caridad, iglesia, sacerdote, palabras que se atropellaban en su repetición y lograban el efecto contrario al pretendido. El repudio al misionero.

Estaba harto de una situación que se repetía cada domingo, de esos adultos empeñados en trivializar mi angustia, ensañándose en mi miedo por simple diversión.

Farfulló algo Carmina, que se interpretó como que se tenía que marchar.

- Sí, ya es tarde, seguro que te esperan en el estanco. Anda, ve y que este te acompañe. A ver si se se le pasan los miedos. -

Había sido uno de mis tíos quien había hablado refiriéndose a mí. Era la primera vez que me ordenaban acompañarla y no quería. No quería. Las inusitadas palabras acabaron mi inmovilidad. Miré a mi tío y negué con la cabeza.

- Venga niño, déjate ya de cuentos - dijo con un despunte de irritación que impulsó a mi padre a intervenir. - ¿Es que no has oído a tu tío? No me pongas de mala ostia ¿eh? Joder con los miedos de los cojones -.

- No tienes por qué ponerte así con el crio, no es para tanto - replicó una de mis tías.

-Hala, lo que faltaba, que tu te pongas de su parte, no me jodas hombre no me jodas. Venga tú - añadió dirigiéndose a mí. - Acompaña a Carmina hasta el estanco - .

Mi padre normalmente se guardaba los tacos para casa, así como mostraba fuera de ella su carácter más afable. Pero esta vez había olvidado la compostura para imponer su mandato. Frágil siempre el concepto de compostura, que suele perder la batalla al mínimo enfrentamiento.

Mientras, Carmina permanecía impasible. Esperando, y no tardó en mirarme de nuevo. Esta vez conminándome con un leve cambio en su perpetua sonrisa. Y me decidí. Sería mejor acompañarla, pese al miedo, que continuar escuchando recriminaciones y burlas, y de paso, igual conseguía borrar la fama de miedoso que me perseguía, aunque en el fondo ésta no me importara demasiado. Incluso me era útil en ocasiones para regatear situaciones indeseadas.

Comenzamos a caminar por la angosta calleja. Arrogantes matas de ortigas y zarzales nos observaban desde las orillas, como a invasores antes de ser atacados. Caminábamos sin mirarnos, yo un punto adelantado, con las manos en los bolsillos del viejo Loys cortado a la altura de las rodillas, imponiendo un paso rápido a fin de terminar con el maldito viaje lo antes posible. Sabía que con su paso torpe y desequilibrado ella no podría seguirme. Sentía que observaba mis pasos, seguramente con la misma expresión idiota de siempre, y que terminaría deteniéndome para esperarla, porque a pesar del miedo, un sentimiento creciente de pena hacia ella se iba haciendo fuerte en mi interior, imponiéndose, con desasosiego, al terror primario. No lo pensé. Me detuve antes de decidir qué debía hacer. Carmina llegó a mi altura y, como si no hubiera reparado en mi presencia, continuó su camino, que también era el mío, no escogido por mí sino impuesto por otros, por quienes se otorgan el derecho de decidir por nosotros, casi siempre arbitrariamente, o por propio interés.

Me puse a su lado manteniendo ahora su mismo ritmo, aterrado y confuso. Porque nada ocurría. Esa figura que tantas horas de sueño me había robado, se encontraba ahora caminando junto a mí por una calleja solitaria y no me había hecho daño, ni me había encerrado ni atado de pies y manos, ni me había colgado por los tobillos suspendido sobre un pozo de fondo negro antes de dejarme caer y quedar atrapado en la oscuridad de un angosto espacio inaccesible, observando sobre mi cabeza un inalcanzable punto de luz, que se diluía con el paso de los minutos hasta la oscuridad total.

Llegábamos al final de la calleja cuando, de súbito, Carmina agarró mi mano. Un escalofrío me recorrió el cuerpo, concentrándose en la mano que Carmina atenazaba con fuerza, una fuerza inusitada para su figura. De mi mano comenzó a brotar un sudor frío que se embalsaba y atenuaba la aspereza de la mano de la idiota. No me atrevía a mirarla, ni traté de desasirme. Estaba aterrado, pero continuaba caminando al ritmo marcado por las torpes piernas de Carmina, como si mis piernas poseyeran vida independiente y la parálisis que afectaba a todo mi cuerpo no alcanzara para someter mis piernas. Estábamos a punto de alcanzar las primeras casas del pueblo. Lograba visualizar el estanco a unos cincuenta metros de nosotros. No había nadie en los alrededores. Sonaban de lejos dispersos ladridos entremezclados con ruido de coches cortando el viento. Nuestras manos oscilaban unidas en perfecta sincronía con las piernas, péndulo de carne marchita y tierna. Pensé en el estanco, en una trampilla de madera oculta bajo cajas de cigarrillos. En una escalera de madera quejumbrosa. En un espacio en tinieblas sólo iluminado por la mortecina llama de un cirio agonizante. Sin ventanas, húmedo. En una puerta disimulada y un corredor estrecho que desemboca en un fondo amplio, cuadrado, y en su centro un poste alto, cilíndrico. En cadenas y celdas dispuestas en las paredes del cubo.

Y pensé en mi familia, riendo, disfrutando su domingo, el respiro que su vida decidida les otorgaba una vez por semana. Barajando vidas de hombres y mujeres conocidos, y de niños cercanos, de sus hijos, sobrinos, nietos. De sus esposas y, éstas de sus esposos. Esposas de acero, cadenas, cerrojos, candados. Como las del poste en las catacumbas del estanco, al que ya nos acercábamos Carmina y yo, cogidos de la mano como una pareja de quinceañeros que no se atreven a mirarse por miedo a terminar con el encanto del momento, que no pronuncian palabra por que no hace falta decir lo dicho, no al principio.

Pensé en ella, en qué podía estar pensando y esta idea curiosa me impulsó a mirarla. Buscaba en su gesto su pensamiento. Pero su rictus permanecía inmutable, indiferente, frío y vacío, sobrecogedoramente simple.

Nos situamos frente al estanco donde alguien debía estar esperándola. Nos habíamos detenido, pero ella continuaba apretándome la mano. Comenzaba a embargarme un sentimiento de curiosidad que iba usurpando terreno al miedo. Curiosidad latente desde el mismo día que conocí a Carmina, en el jardín de siempre, ocupado por los mismos de siempre, y que en este momento revivía espoleada por el certero presentimiento de desenlace. Estaba convencido de estar viviendo el alumbramiento de la respuesta a un misterio que yo mismo había alimentado y velado, como una niña lo hace con su muñeca nueva. Esta certeza me mantenía allí, inmóvil, agarrado a la esperanza de ver concretada, cuando menos, una de las hipótesis formuladas por mi imaginación. Yo no había apartado los ojos de Carmina, pese a la actitud impasible que mostraba, vaticinando lo que sucedió a continuación.

Carmina volvió su cabeza de espantapájaros hacia mí. Pero su gesto ya no era el mismo. La sonrisa idiota había desaparecido de su rostro. Sus ojos, hasta entonces disparatados, mostraban una extraña seguridad y un penetrante destello de ironía que me atrapaba. No me sorprendí, no me asusté, mi corazón había racionalizado su espacio y no dejaba cabida más que para esa curiosidad, que ya había desterrado definitivamente al miedo a un recóndito reducto de mi interior.

Mantuvo sus ojos sobre los míos durante unos segundos eternos y me habló con voz clara y profunda en tono cariñoso.

- Me gustaría que me dieras un beso ahora que me voy – Dijo.

No tuve tiempo de pensarlo. La acción, como tantas otras veces, se desligó del pensamiento, demasiado lento a veces, demasiado inhibitorio. Acerqué mis labios a su mejilla y la besé. No recuerdo el tacto de su piel en mis labios y pienso ahora que debió pasarme inadvertido por la rapidez de la acción. Recuerdo que al separar mi boca de ella, y mirarla, me encontré de nuevo con la sonrisa fruncida y estúpida, los ojos desvariados y el brillo apagado del vacío. Me detuve un momento en la contemplación de ese rostro simple y conocido, y por un instante sentí pena, no de ella, hueca para mí ahora que había penetrado en su misterio, o en el mío, sino de mí. De ese ser pusilánime con el que tendría que convivir para siempre. Fue sólo un instante.

Alguien apareció en la puerta del estanco. Era una mujer gorda, de pelo castaño corto y revuelto, y la piel curtida del pueblo.

-Ya era hora que aparecieras. Menudo pendón estás hecha. Anda entra, entra. -

Carmina se separó de mí y entró en el estanque ante la mirada atenta de la mujer.

- Gracias por acompañarla hijo- dijo desde el umbral que no tardó en atravesar. - Saluda a Loña de mi parte-.

Giré sobre mí mismo y volví por la calleja hacia la casa mientras envolvía cuidadosamente el recuerdo de Carmina para guardarlo en el correspondiente lugar de mi memoria. Lo rescataría más tarde, junto a la almohada, tal vez ya transformado en comienzo de una nueva aventura. La esencia de un verdadero descubrimiento es que da pie a nuevos misterios. Había descubierto que tras la fachada de subnormal de Carmina se ocultaba un secreto desconocido por todos. Ese descubrimiento abría un infinito de misterios por descubrir.

El sol se replegaba tiñendo de rosa el cielo cansado, y dibujaba sombras arabescas sobre el torturado asfalto de la calleja, mientras me devolvía al mundo de mis padres y tíos, y primos y hermanos, un mundo que también, a su manera, era el mío. Algunos ya se habían marchado pero la mayoría continuaba en jardín, perseverando en una charla que se apagaba como el día. Me recibieron con las preguntas y bromas esperadas y pronto me olvidaron. Busqué a mis hermanos, que ya no estaban en el jardín, y me aventuré con ellos en la infatigable exploración del caserón. Al poco escuchamos la voz de mi madre reclamándonos. Había llegado la hora de irse. Y despedirse. Lo hicimos hasta el fin de semana siguiente, que no tardó en llegar. Nos presentamos en el caserón de nuevo y retomamos nuestra exploración. Y nos llamaron al jardín. Y todos estaban junto a la mesa. Y alguien trajo vino del año y bandejas de embutidos. En ese momento alguien habló y se sobrevino un silencio expectante y curioso.

-Nadie sabe nada - decía. - El domingo pasado después de la cena la acostaron como cada noche. A la mañana siguiente no estaba allí. La han buscado por todas partes sin resultado. Toda su ropa continuaba en el armario y sus zapatos bajo la cama. Es muy extraño. -

No pude evitar un escalofrío, pero esta vez se posó en mi boca, para dibujar una leve sonrisa.

FIN